

salvar todo lo que los españoles han creado con tanto esfuerzo y su poder de destrucción relativizaría problemas menores como el de la corrupción de los alimentos y todos esos miniproblemas actuales que revelan el talante de una sociedad quejica, esclava de las satisfacciones más inmediatas y primarias. Ante el riesgo de una bomba de neutrones, ¿qué importa que el agua se pudra, que el aceite se corra, que el pan reviente los intestinos?

-Desde este punto de vista.

-Desde esta perspectiva.

-Razón no le falta.

-Ya era hora de que se hablara claramente.

-Hay que nuclearizar a España.

Pidió voz el señor García Díez.

-Entonces, ¿no es un error insistir en que la entrada en la OTAN no implica la nuclearización de España? Se tendría que decir lo contrario. Que les vamos a nuclearizar hasta los bañones.

-El señor García Díez es, como siempre, la voz de la economía, en este caso de la economía de las actitudes -recuperó la palabra Oliart-. De momento se creará un estado de ánimo receloso y dentro de algún tiempo, cuando la entrada en la OTAN sea un hecho irreversible, comunicaremos al personal que estamos más nuclearizados que un huevo de gallina, y entonces la disciplina mental habrá penetrado para siempre en España.

-¡Por fin un pueblo a nivel europeo!

-¡A nivel occidental!

A nivel mundial.

Rosón y Sancho Rof habían escuchado a Oliart, primero boquiabiertos, y luego cabizbajos. Comprendían que en la solución final que el gran capital había preparado para España poco tendrían que aportar. Era otro miedo. Otro control.

-Leopoldo, ¿cuando estemos nuclearizados, de qué podría disfrazarme?

Preguntó Rosón.

-De puente colgante.

-¿Y yo?; ¿podré seguir siendo responsable de la Sanidad?

-Nacionalizaremos el seguro de entierro y te nombraremos director general de pompas fúnebres.

-¡Nos haremos socialdemócratas!

Gritaron a un tiempo Rosón y Sancho Rof, con la indignación que les quedaba, indignación que revoloteó sin pena ni gloria sobre las cabezas, y que ya había desaparecido cuando Sancho Rof volvió a su despacho, con los sapos dormidos en la cartera y un gran vacío en el cerebro y el corazón.

-Dime brujo, ¿hay algún remedio contra la bomba de neutrones?

-Ser de los que la tiran, excelencia.

■ M.V.M. Ilustraciones de Guillén.

EL FRACASO DE A. K. O ARISTOTELES SIEMPRE GANA

POZUELO

HACIA los años 30, un ingeniero varsoviano que se había naturalizado en los Estados Unidos, Korzybski -Alfred Habdank Skarbek Korzybski,

para los amantes de la exactitud: 1879-1950- se formuló una interesante pregunta: «¿Por qué las estructuras construidas por los ingenieros no suelen derrumbarse o, si lo hacen, los errores físico-matemáticos u otros errores de evaluación se descubren con facilidad; y, en cambio, los sistemas económicos, políticos y sociales, construidos igualmente por el hombre, se derrumban frecuentemente en guerras, revoluciones, depresiones financieras, paro...?». A. K. había pasado por la guerra, había sido herido y había visto toda clase de desastres. En 1917 fue enviado con una misión militar a Estados Unidos y no quiso volver más de allí: tal era la impresión que le había causado la catástrofe europea. Se quedó a profesar su ciencia propia, a la que dio el nombre de Semántica General, en Chicago. Que por aquella época no era, tampoco, un modelo de sociedad perfecta.

A. K. se empeñó en buscar respuestas a su pregunta. Encontró que los ingenieros usan «un lenguaje especial y reducido, pero perfecto, llamado matemáticas»; no ya cuando hablan entre sí, sino cuando piensan. Este lenguaje tiene la misma estructura que los hechos con los que tratan. En cambio, los políticos y otros constructores de estructuras humanas utilizan lenguajes que no son similares a las estructuras de los hechos en que trabajan: prejuicios o dogmas escasamente científicos o precientíficos, mitológicos y metafísicos. Por lo tanto, no funcionan. Buscando un culpable, como es muy frecuente en cualquier experiencia o deducción humana, el señor K encontró que el mayor era Aristóteles. Es evidente que Aristóteles construyó un sistema de valores poco simpático, que ha sido seguido e



interpretado de una manera menos simpática aún. Un viejo conservador gruñón y duro. Un hombre que decía: «Cuanto más hallazgos hago por mí mismo, y sólo por mí mismo, más amo el mito.» Para K., la sociedad aristotélica de su tiempo tenía tres premisas básicas y profundamente equivocadas, a saber: 1) La idea de que el sujeto y el predicando son idénticos («el uso del 'es' como identidad»); 2) la exclusión de todos los valores de juicio que no sean el de verdad y falsedad (ignorancia de todos los valores intermedios); 3) la ley de la contradicción. En consecuencia, definió su sistema como no-aristotélico («A», en la simplificación) y trató de encontrar el sistema lingüístico político de nuestro tiempo, al cual dio el nombre de Semántica General.

Probablemente, el bondadoso e inteligente señor K. no quiso tener en cuenta que este juego babélico no era precisamente un error de los políticos, sino más bien algo deliberado y aceptado. Por ese tiempo estaban ya en marcha dos operaciones de propaganda grandiosas, la de Stalin y la de

EL FRACASO DE A.K.

Hitler, que quizá no conocieran profundamente a Aristóteles —incluso le hubiesen mandado a un campo de concentración—, pero que se basaban precisamente en el juego de las contradicciones, en la oposición verdad-falsedad y en la identidad del sujeto y el predicado, según su propio sistema de valores. No habían inventado ellos mismos el sistema: lo habían heredado de otros autoritarismos —la Iglesia, o las múltiples iglesias, por ejemplo; que esas sí sabían bien quién era Aristóteles y cómo se le podía utilizar—, pero tenían a sus disposición medios enormes, como la radio o las nuevas posibilidades de la Prensa; y las reuniones de masas. Si ese juego de pensamiento-lenguaje les precedía, también le iba a suceder después de sus muertes, aunque fueran malditos incluso por los suyos. La televisión iba a dar un cauce mayor, aunque más disimulado a todo ello. A Mr. K. nadie le recuerda, y su Semántica General va siendo una pieza del museo de las ideas muertas. La confusión del lenguaje y la cosa es cada vez más patente, y las catástrofes en las estructuras sociales no cesan.

Vengamos a un ejemplo actual y próximo del tema, cuya lectura es la que hace que en este caso y este lugar se rememore a A. K. España va a entrar en la OTAN. La OTAN es una organización militar creada, según su teoría, para defender esta zona del expansionismo soviético; según el punto de vista soviético, para agredir a la URSS. Cuando sabe que España va a entrar en la OTAN, la URSS estima inmediatamente que el territorio de donde puede partir la ofensiva contra ella se agranda; una mayor plataforma para aviones, misiles, submarinos; unos cientos miles de hombres más en la alianza adversa, un nuevo armamento dirigido contra ella. Se alarma. Envía un memorándum a España en el que advierte de esa alarma y de su apreciación de que este ingreso afecta notablemente su seguridad, la de su territorio y la de su régimen. Cuando España recibe ese memorándum contesta que no lo quiere ni mirar —lo devuelve: es una manera de fingir que no puede enterarse, que no se puede dar por aludida— y sin embargo, lo califica de «ingerencia en los asuntos internos». Es decir, para España, el ingreso en la alianza es un asunto interno que sólo de una manera impertinente puede considerarse como propio el país contra quien va dirigido. No parece decente acudir a Aristóteles para explicar este fenómeno.

Fenómeno que no acaba aquí. Aun pasando por alto el curioso fenómeno semántico que representa no recono-

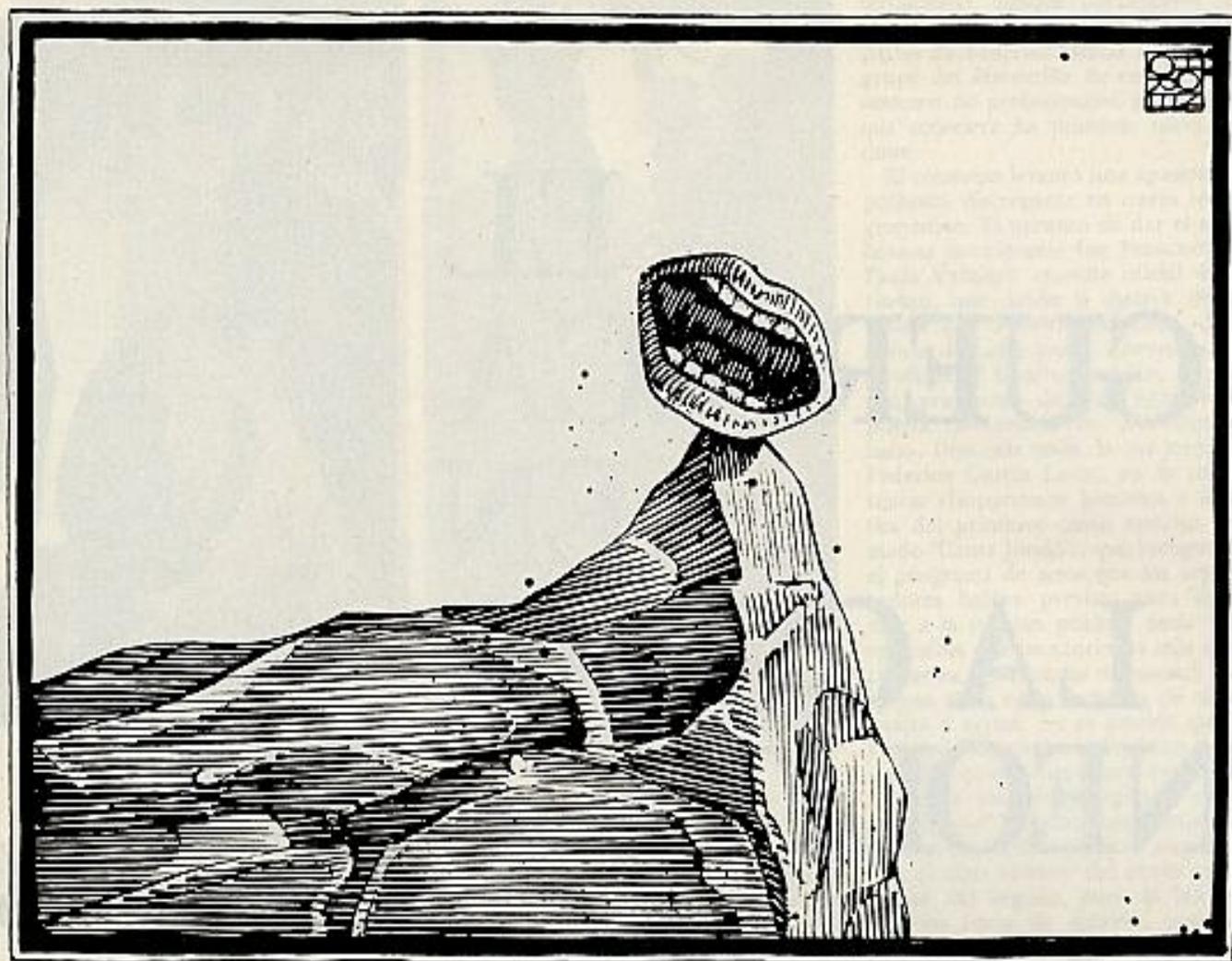
cer como ingerencias en nuestros asuntos internos todas las expresiones emitidas desde el extranjero en el sentido contrario (todos los estímulos para que ingresemos en la OTAN) y sin dejar de reconocer que esto forma parte de una premisa meramente aristotélica (toda presión asumida por el poder y cuyo sentido está aceptado y proclamado no es una injerencia, aunque contradiga el sentimiento de la mayoría del país), queda de todo el asunto una utilización práctica inmediata: las opiniones contrarias al ingreso de España en la OTAN emitidas por españoles favorecen a la Unión Soviética, de donde no son opiniones en el interés de España, sino en el de la URSS. Tomemos como ejemplo un editoria de «ABC» del nueve de septiembre. Los editoriales de ABC suelen ser muy útiles para esta clase de ejemplos, porque su carácter simplista, infantil y primario pone de manifiesto lo que otras algo más sutiles —sin exageraciones— disfrazan mejor. El editorial señala que habría que agradecer a la URSS esta nota («un chantaje muy clarificador», según el título que remite a la conclusión) «por haber aclarado públicamente a los españoles que las fuerzas anti-Otan no están a favor de la neutralidad, sino a favor de los intereses de Moscú». Korzybski se habría estremecido de gozo al encontrar este ejemplo. Es decir, que los grupos, partidos, pliegos de firmas, etcétera, que se han movilizado contra el ingreso no representan realmente una opción a favor de la neutralidad tradicional —la de Alfonso XIII y sus gobiernos en la guerra de 1914-1918; la de Franco en la de 1939-1945; personajes todos de una derecha perfectamente clara y sin dudas— no están pensando realmente en esa neutralidad, sino en favorecer a Moscú, al que adoran de tal manera que desprecian los intereses de la patria. Intereses, en cambio, que representan aquellos que defienden la entrada de la OTAN; es impensable la idea de que lo que están favoreciendo son los intereses de Estados Unidos y que, por lo tanto, son tan arrojables al mundo exterior como los otros. Cuestión que nos llevaría de nuevo al tema de la anti-España, tan favorito al sistema franquista, tan español que estaba copiado de los Estados Unidos, donde las «actividades antiamericanas» estuvieron castigadas en la época de McCarthy. Ese grupo mental no puede considerar anti-España todo aquello que favorezca a los Estados Unidos; puede considerarlo todo aquello que favorezca a la URSS.

Es indudable que esta argumentación aberrante tiene una fuerza con-

siderable. La prueba es que los propios partidos de izquierda se pliegan a ella. El comunista se apresura a decir que la actuación del Ministerio de Asuntos Exteriores con respecto a la nota es correcta, y que no hay que tolerarle nada a la URSS, aunque manifiesta su preocupación por el ingreso en la OTAN; el socialista se deja nadar en cierta ambigüedad. El mes pasado, Umbral, en uno de sus brillantes y penetrantes artículos de «El País», se quejaba de esta ambigüedad, que encontraba también en otras manifestaciones de la vida pública, como una obra de teatro. Coinciden las frases del PSOE, su famoso «No» de entrada a la OTAN —lo que hace suponer que, después, pueden cambiar sus opciones— con otras manifestaciones parecidas. Por ejemplo, el presidente Calvo Sotelo, preguntado acerca de una crisis ministerial, remataba con humor al PSOE para decir: «No, de entrada», y el teniente general Gutiérrez Mellado, amenazado con un homenaje nacional de desagravio por la carta ofensiva de Milans del Bosch —otro ejemplo aristotélico—, respondía que no lo aceptaba «en principio». Algunos diputados de UCD que tienen reticencias frente al ingreso en la OTAN advierten que votarán a favor, pero que lo harán creyendo que este no es el momento adecuado, que las circunstancias son adversas.

Todo ello tiende a dibujar nuestro tiempo como inconsistente. Se puede pensar, opinar, creer de una cierta manera, pero no se puede llevar adelante, por vías de acción o de oposición, ese pensamiento, porque ahora no es conveniente. ¿Quiere decirse que es tiempo de obedecer, de callar, de dejar hacer?; ¿que hay que esperar que suceda algo? Todo ello viene a coincidir con ese monomanto a nuestra época que es «Esperando a Godot», de Beckett. Esperamos que pase algo que no sabemos qué es, que llegue alguien a quien no conocemos. Mientras tanto, vivimos sin vivir en nosotros, como en la famosa adivinanza mística que también describía un tiempo donde lo mejor era soñar, imaginar que todo era teatro: el tiempo de Calderón.

«O temps! suspends ton vol», decía Lamartine. Querrían quizá nuestros ambiguos políticos suspender el vuelo del tiempo, porque ahora «no están para nada», como dice la frase castellana, o la otra: «no es tiempo para nada». Cuidado, que todo es frágil. Todo puede romperse. Si queremos ser neutrales en la gran querrela de los otros, somos rusos, somos traidores. Si queremos hacer un homenaje a un general legal y leal frente a otro



procesado, podemos romper la unidad del Ejército. Si describimos la incapacidad de UCD y los partidos políticos de la izquierda para enfrentarse a los grandes temas de nuestro tiempo, cuidado, que coincidimos objetivamente con los golpistas, con los fascistas. Es inútil que digamos que queremos que lo que funcione es la democracia y no la antidemocracia: desde el momento en que la democracia está definida como esto que hay, cualquier crítica supone una antidemocracia. No hay que decir que la Constitución es imperfecta, porque se hace el juego de los anticonstitucionalistas.

Nunca ha sido tan clara la definición del vicio aristotélico como en la vidriosa España de hoy: verdad o mentira, sujeto como predicado, contradicción. Impregna toda la vida, incluso la privada. El que quiere divorciarse para casarse otra vez es un enemigo del matrimonio; el que quiere levantar una nueva familia sobre las ruinas de la anterior es un enemigo de la familia. El que se queja de algunos problemas de la juventud es un conservador, o el que considera

negativas algunas actitudes de la mujer actual es un machista; y la mujer que quiere salir de su torpor de siglos, de su inferioridad artificial, es enemiga del hombre. El que quiere ganar más sueldo y lo manifiesta como puede, está destrozando la economía de la sociedad; el patrono que vé hundirse su empresa es un explotador que finje para avasallar al obrero. El predicado absurdo se añade al sujeto inocente.

Y el lenguaje se aleja más de la realidad concreta. Pero finalmente, dentro de esta inmensa ficción, es la realidad concreta. El alud de la incongruencia tiene tanta fuerza, y el miedo a ser acusado de lo que no se es está tan patente, que toda la vida nacional se va falseando. Se va convirtiendo en una gran paranoia. Porque, al mismo tiempo, el ciudadano que trata, sin saberlo, de ser no aristotélico y de vivir fuera del mito, vive esta otra ambigüedad: sabe que le están disfrazando la verdad, pero no sabe si toda la verdad o parte de la verdad; no sabe qué debe aceptar y qué no. Termina por no saber si el pacifismo y el neutralismo son en realidad fuer-

zas que ayudan a la guerra, y al sistema contrario al occidental que acepta con preferencia al otro, o si son fuerzas positivas que pueden ayudar a la estabilidad de España y a la del mundo. No saben lo que les ofrecen los partidos y lo que les niegan. Sospechan de todo. Sospechan, incluso, de la evidencia, cuando esa evidencia está rodeada de palabras abstractas, para las que cada vez son más insuficientes los honestos vocablos del idioma y hay que inventarse neologismos. No se sabe para qué sirve ese tiempo, si una gran parte de las cosas que desea y que ve expuestas no se pueden aplicar: porque en principio, no; o en principio, sí. Se le deshace el suelo bajo sus pies y ya no sabe a qué atenerse.

Por eso Korzybski murió ignorado y criticado. Porque no convenía. Aristóteles ganó una vez más. Siempre gana Aristóteles, porque la fuerza le conviene.

Y, por otra parte, los puentes también se caen. Y las casas. Y las carreteras desaparezcán. Para explicarlo ya no se usan palabras técnicas: se usa, también, el sistema aristotélico. ■